

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Joan-Carles Elvira, monje de Montserrat
15 de enero de 2012
1Sam 3, 3b-10 .19 / 1 Cor 6, 13b-15a .17-20 / Jn 1, 35-42

Ante la Palabra de Dios -por ejemplo, la que acaba de sernos proclamada-, muchos de nosotros nos podemos sentir como el joven Samuel de la primera lectura. Como él, no somos capaces de comprender que Dios nos llama porque quiere encontrarse personalmente con nosotros y comunicarnos su palabra. Este podría ser el hilo conductor de las lecturas de este domingo: Dios no deja de llamarnos para que lo acojamos en nuestras vidas, pero nosotros no acabamos de reconocerlo porque nadie nos ha enseñado a escucharlo. Samuel, prototipo en la Biblia del verdadero profeta, necesitó del sacerdote Elí para aprender a orar de esta manera: *Habla, Señor, que tu siervo te escucha...*

Lo cierto es que a lo largo de la historia -en muchas ocasiones y de muchas maneras (cf. Heb 1,1)- Dios no ha dejado de llamarnos y poco a poco ha ido encontrando personas que han aprendido a reconocerlo. La Biblia recoge los testimonios de este diálogo. Alguien ha dicho que la Biblia es como una carta que recibimos de un querido amigo en una lengua que dominamos poco, lo que hace que no le acabemos de entender, pero como sabemos que Dios nos ama no nos desanimamos y perseveramos, pase lo que pase, en la escucha. Esta fidelidad, a lo largo de los siglos, ha abierto el camino a una comunicación de Dios que se puede calificar de definitiva, cuando llegada la plenitud de los tiempos, gracias a tantos fieles oyentes de la Palabra, Dios nos habló en la persona de su propio Hijo y ya no tiene nada más para comunicar (Juan de la Cruz; cf. Heb 1,1). Jesús es la Palabra de Dios encarnada que, en el momento de que nos revela el misterio de Dios, nos revela igualmente el misterio de la persona humana: ni Dios sin ser el hombre, ni el hombre sin Dios...

¿De qué nos hablan, pues, las lecturas de hoy? De todo un itinerario de iniciación a la fe cristiana. Veámoslo brevemente. Ante todo diría que muy probablemente no sabemos escuchar a Dios porque nadie nos ha enseñado primero a amar el silencio. Para escuchar la Palabra de Dios -o, si queréis, para escuchar a Jesús-, necesitamos una cierta capacidad de recogimiento. Si todo es ruido a nuestro alrededor no se da la disposición interior adecuada para escuchar la Palabra que resuena en el silencio del corazón. De modo que podríamos establecer este principio, en mi opinión decisivo, en cuanto a la transmisión de la fe hoy: se puede dar interioridad sin fe pero no fe cristiana sin interioridad. A continuación, diría que deberíamos perder el miedo a adentrarnos en la lectura de la Biblia. En esto, nuestros hermanos reformados nos dan un gran ejemplo. Con todo, nuestra liturgia, de manera muy pedagógica -por ejemplo a través de las lecturas bíblicas de las eucaristías-, nos proporciona una selección muy valiosa de textos bíblicos esenciales para la fe. Las comunidades cristianas deberían promover más el paso de las celebraciones litúrgicas a la práctica, en un clima de recogimiento, de la *lectio divina* individual o en grupo.

Llegamos luego al momento más decisivo en el camino de iniciación cristiana: el encuentro con Jesús, la Palabra hecha carne. Acabado el tiempo litúrgico de la Navidad, la Iglesia presenta siempre a nuestra meditación el tema del seguimiento de Jesús y para ello se sirve de los textos evangélicos de la llamada a los primeros discípulos, este año en la versión del evangelista Juan. Nos hemos encontrado así con la gran figura de Juan Bautista, propuesta como prototipo del gran evangelizador. Él nos presenta a Jesús como el Cordero de Dios que quita lo que a nosotros nos resulta del todo insoportable...

Juan Bautista: ¡qué testimonio de Jesús más grande! Él es imagen del evangelizador fiel. No busca protagonismos sino abrir caminos al Señor e invitar a su seguimiento. El evangelizador encuentra su recompensa en la discreción, es decir, en saber retirarse una vez que el nuevo discípulo encuentra a Jesús. *Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar*, concluye Juan Bautista al terminar su misión. Tal vez a nuestra Iglesia le faltan profetas y evangelizadores porque no hay muchos discípulos dispuestos a menguar. Digo esto porque a menudo, en nuestra tarea evangelizadora, nos sentimos demasiado los protagonistas, como si suscitar la fe dependiera de nosotros, y no tenemos cuidado de lo que es más decisivo: irradiar a nuestro alrededor la alegría de ser cristianos.

Hermanos y hermanas, la fe es el regalo más grande que Dios ha hecho a los hombres. Sólo crecemos en la vida verdadera si dejamos que Jesús, el Cristo, desbarate nuestros planes, nuestras expectativas. Sólo así se ensanchan los horizontes de nuestro corazón y llegamos a ser verdaderamente libres. *No os poseéis en propiedad*, nos ha recordado San Pablo en la segunda lectura. Únicamente la presencia del Espíritu Santo en nosotros es capaz de poner, de forma verdadera, nuestras vidas al servicio del Evangelio. La Eucaristía es el gran signo de nuestra fe. Demos gracias por ello y no tengamos miedo de seguir a Jesús dondequiera que vaya: con Él a nuestro lado las pruebas nos reafirman en la constancia y las alegrías nos dejan entrever la felicidad plena que Dios promete.